

Ciudad sin agua

Alberto Burgos

Pasó la ciudad el fin de mes sin agua, y así ocurrirá de manera recurrente, según se ha anunciado, hasta que llegue la temporada de lluvias -por ahí de medio año, si bien nos va.

El "puente" programado al declararse hoy inhábil este día, con la consiguiente salida de una cantidad importante de ciudadanos, hizo que esta vez la escasez se resintiera menos.

Pero la circunstancia afortunada no podrá repetirse en los cortes de los meses venideros. Y lo que es peor: no se trata de una circunstancia fortuita, sino de una situación que se reproducirá con mayor gravedad en los próximos años.

La gigantesca metrópoli aglomerada alrededor de la capital de la República encontrará a partir de ahora dificultades crecientes para aprovisionarse de agua.

Eso se sabe desde hace mucho, y las predicciones señalaban que hacia 2030 la sequía será dramática.

Podría parecer que para entonces falta mucho, pero no es así, y en realidad -como mues-

tran los hechos- el problema ya lo tenemos aquí.

Más serio aún. La insuficiencia de agua viene de varias décadas, en que las autoridades capitalinas han recurrido al expediente de extraer el líquido del subsuelo, rico en humedad -es cierto- pero con la consecuencia de producir progresivos hundimientos, desniveles y daños a las construcciones.

En este año, los cambios climáticos, también largamente anunciados, han provocado una disminución de los niveles del otrora caudaloso Río Cutzamala.

Y las consecuencias empezamos a padecerlas todos.

No es para menos. Por siglos, la ciudad ha tratado al agua como su enemiga. Desechamos el lago, entubamos los ríos. Somos incapaces de convivir con las corrientes de agua y aprovecharlas a largo plazo en nuestro beneficio.

Ahora empezamos a pagar el costo de la irracionalidad, pero es probable que todavía sea tiempo de revertir los daños.

Ello requeriría hacer un uso moderado del agua, cuidar y recuperar los bosques y los ríos, y limpiarlos de toda contaminación.

¿Es mucho pedir?

